

Eva Hernández

(Venezuela)

Licenciada en Educación, mención Inglés, Especialista en Enseñanza del Idioma Inglés como Lengua Extranjera. Ha sido docente de Lectura y Escritura Académica en la Universidad de Carabobo en Valencia, donde además ha enseñado y asesorado trabajos de investigación sobre apreciación de textos literarios en inglés. Con excepción de haber ganado el primer lugar en el Festival Estatal de Poesía en Carabobo en los años 80, he reservado la poesía para la privacidad dedicándome mayormente al canto y la docencia, hasta el año 2016 cuando creé mi página personal exclusivamente con poemas de mi autoría (www.evanocturna.blogspot.com), siendo invitada a dar mi primer recital musical y poético en el Festival de Perfopoesía.

El verso del amante

Un verso que apele a tus sentidos,
sugestivo, que degustes con la lengua;
tu audaz lengua que me besa
y me nombra sin motivos...

Un verso al eco de tu voz distante;
el mejor de los sonidos
que me sigue a todas partes,
cual estruendo del tren
donde llegas a buscarme
más temprano que tarde...

Un verso que te palpe, amor,
que sepa abrazarte,
que te muerda, que te sangre,
que te sane y que te marque;
en ese mismo orden
y en el mismo instante...

Un verso puro que te fumes
y perfume con su humo
tus domingos en la tarde.

Un verso con olor a vino
y a libertades;
un verso que vuele y huela
a lo que huele el respiro
de los buenos aires...

Un verso auto sustentable,
un verso completo
de ideas y de carne,
de intelecto y sentimiento;
de tu ciencia y mis humanidades...

Un verso sin memoria y sin culpables,
que brinde a tu salud
y no se canse de esperarte;
un verso de complicidad y lealtades,
un verso que te pague
con la misma mirada
en la que me atrapaste...

Un verso que te cante
todo el calor que me sembraste
y te calle la paz que me quitaste:

Un verso, amor, es lo único que puedo darte
hasta que vengas a colmarto y a saciarme;
a bastarme y sobrarme
antes de que vuelvas a marcharte.

In crescendo

Entre hormonas y alcohol en sangre
me habitas y te contengo,
entre el frío de mis huesos y el calor de mi pecho
me abrazo a tus ausencias y te espero.
Ah, lo escribo y casi me detesto.
¿Dónde estás, agua de mis inviernos?
me urge sembrarte en mi cuerpo.
Te guardo el ingenio de mi lengua,
entre mis piernas te aprieto,
sólo a tus manos buscan mis pechos.

¡Ay de ti cuando mis dedos te toquen!
¡Ay de mí todo el día, toda la noche!
Ahogados en un riachuelo,
revivir y prendernos en fuego.
Tállame en tu madera,
toma la curva de mis caderas
tuya, a pedazos, íntegra, entera,
sedienta, tierna, violenta, ¡satisfecha!
Antes de que estés despierto voy a vaciarte completo
cual prometido, abundante, espeso,
merecido, torrencial, engullido y devuelto: ¡Obsceno!
¿Puedes sentir el movimiento?
¿Tú sabes cómo me muerdo cuando te pienso?
¿Cómo me ardes por fuera y por dentro?

¿Sabes que voy a cobrarte todo, todo lo que me has hecho?
¿Sabes que voy a darte todo lo que no me han hecho?
¿Qué voy a devorarte como animal en celo
Y aunque seas bestia salvaje, no te tengo miedo?
Ven, te reto,
vayamos a duelo:
mátame adentro,
mar adentro,
más adentro,
¡adentro!
¡adentro!

Era de noche

Era de noche y se quedó dormido
sin saber dónde estaba el poema.
Tenía un faro de luna llena encendido
despertando a quien había escrito
el territorio entre el amor y la pena.

Era una noche de párpados pesados,
de incertidumbre y certeza
con los brazos amarrados
a los recuerdos que besan.

Noche de naufragos y parejas
o de pájaros y hienas,
de esas que se olvidan
mientras otras se aferran
a sonrisas pasajeras
o se resignan a confesiones honestas.
Noche de encender la hoguera,
de exorcizar la tristeza
o hacer un pacto con ella.

Era una noche de ecos lejanos,
de tambores paganos
y de música celta,
según la sangre lo sienta;
de perros callejeros y bohemios fumando,
de ritos profanos fuera de la puerta,
o de lazos sagrados cortados con tijeras.

Llena de tu musa nocturna,
del verbo de tu lengua,
dibujé pájaros de barro
y solté cadenas perpetuas.

Era una noche para quedarse en vela,
y escribir tus huellas de retorno hasta que vuelvas,
para que después de tanto soñarte,
al fin me encuentres despierta.
Qué noche tan larga, tan tuya y eterna...

Proclama

Yo quiero ser tu resaca y tu ebriedad;
tu exceso y tu necesidad.
Quiero ser la marca que queda en tu cuerpo
después de tanto arañar;
el beso honesto y tu modo predilecto de pecar.

Quiero ser tu secreto y quiero ser tu verdad;
lo que admites en silencio
y lo que quieras proclamar.
Quiero ser tu fuerza y tu debilidad;
pasión vulnerable o implacable como el mar.

Quiero ser el respiro de tu tiempo,
tu locura, tu argumento;
el beneficio de tu duda
y lo que das por hecho...
La fe de errata de tu escrito,
tu sarcasmo más cínico,
el aplauso de los críticos:
Yo quiero ser tu premio.
Y sí, quererlo todo
porque todo lo puedo,
porque así yo vivo,
porque así te quiero...

¡Quiero defenderte en cada guerra
aunque yo no tenga paz!
Y puedo herirte, pero te voy a salvar.
Yo quiero, amor, darte lealtad en libertad.

Quiero habitarte
en lo trivial y lo trascendente:
que llegues a casa y quieras verme
y que por mí le tengas miedo a la muerte.
Quiero tatuarte,
pertenecerte,
que me mires frente a frente;
desafiarte hasta que no puedas evitar quererme.

Quiero defenderte en cada guerra
aunque yo no tenga paz:
¡yo quiero, amor, darte lealtad en libertad!
Una noche y nada más.

Los locos

-¿Poesía?- Él gritó.

-¿Cómo vas a traer un libro de poesía a esta rebelión?-
Le reprochó con desprecio el mismo autor que otrora le declamó.

-¿Qué se supone que deba traer?- Reclamó la mujer.

-¡El Anticristo de Nietzsche o un himno anti-religión!
¡Lucha por la patria y olvídate de los sentimientos!-

-¡No luchas por amor al país: es por odio al gobierno!-

-¡Con sangre se pasa de la palabra a la acción y no me arrepiento!
¡Te vienes conmigo: tú me llevaste a esto!

Todos presenciaron el forcejeo de aquellos dos.
Él la arrastró por los brazos; ella no lo siguió.
Todo había terminado entre los más grandes aliados
y, sin embargo, nadie lloró.
Él fue el soldado que abandonó las letras;
ella ya tuvo suficientes guerras
y a él también sobrevivió.

Carlos se fue gritando consignas contra la llamada revolución.
Eva enrolló un poema, se lo fumó y más nunca lo vio.
Ella abrió el libro y entró al manicomio del amor;
él por odio se abrió el camino que va al panteón.
Valió la pena, según ellos, triunfaron los dos.
Así cuenta el poema que en su epitafio de héroe escribió.

Irreverencia

A esa poesía inaccesible, impenetrable
indirecta, indescifrable,
de eruditos intocables
con diccionarios delirantes
que ocultan historias y presumen imágenes,
que decoran la jaula del animal salvaje,
que desprecia el arrebato de las putas en los bares
por pulcras estatuas de galerías de arte;
a esa poesía elitista de guantes de seda
que no sabe masturbarse...
a esa poesía que tantos aplauden:
que le teme a la exposición y a ser vulnerable,
¡yo le llamo engreída, frígida y cobarde!